



vuelo, como no haya violencia ó sacudimientos imprevistos que se opongan á tan pacífico y magnífico desarrollo? Lo único que nos contrista en esta tan bella perspectiva es el ver que la ciencia, ántes tan íntimamente unida con

la Iglesia, se levante ahora contra su autoridad, menoscabando la vida espiritual, mientras espera una reforma moral que tarda en venir.

CAPITULO XXX.

Vida espiritual.—Arte cristiano.

Los escándalos de los jefes supremos de la Iglesia habian producido una reaccion desastrosa, así en la vida espiritual de los fieles, como en la del mismo clero; y, durante el gran cisma, los espíritus muy á menudo se dividieron por las más deplorables disensiones. ¿Cuál era el papa verdadero? ¿De qué manera podia conocersele? ¿Á quién se tenia que obedecer? Cuestion era ésta de difícil y á veces imposible resolucion en tiempos tan aciagos. Así al clero secular, como al regular, no le era dado, como en otros tiempos, sostener y reanimar la vida espiritual; por esto fué que poco á poco desapareció la piedad ardiente y poética que vivificara al pueblo; y, en vez de trovadores, á menudo se habia dado con jacarreros licenciosos; en despique la supersticion adquirió proporciones colosales, sobre todo en las clases inferiores, entre las que pululaban hechiceros de todas especies (1): toda la Alemania estaba infestada de ellos, por cuyo motivo Inocencio VIII expidió decretos rigurosos contra tales aberraciones en 1484, lo que no impidió que

(1) Horts, Dermonología ó historia de la hechicería desde Inocencio VIII, 2 part., Franc-s-M., 1818. Véase tambien la Biblioteca mágica por el mismo. Maguncia, 1821-26. Soldan, Hist. de los procesos de las brujas, segun las fuentes. Stuttg., 1843.

millares de hechiceros fuesen condenados á la hoguera; otro tanto puede decirse de los judíos, que fueron perseguidos á muerte á pesar de las bulas pontificias.

Sin embargo, en medio de esta general decadencia, las órdenes nuevas ejercieron sobre los pueblos una accion real, extensa y adecuada para conservar parcialmente la unidad y fuerza del sentimiento religioso, que de otra parte encontraba un alimento en los progresos de la misma civilizacion; finalmente, si el clero olvidaba sus obligaciones, la lectura de la sagrada Escritura en lengua vulgar, formaba una compensacion. Muchos místicos en Alemania, tales como Juan Taulero, Ruysbroeck, Tomas Kempen, hablaron enérgicamente á los corazones de los fieles con escritos, la mayor parte de los cuales fueron puestos en el idioma nacional; y tambien el español San Vicente Ferrer, la maravilla de su tiempo, despertó tal ardor por la penitencia, que le seguian ejércitos de disciplinantes.

En esta época, el número de Santos venerados por la Iglesia, aún era considerable (1):

(1) En el siglo XIV, Andres Corsino; Florente, obispo de Fiesola; Juan Nepomuceno, canónigo de Praga; Peregrino Forbi, del orden de Servitas; Conrado Placentino, ermitaño de la tercera orden de San



así, por ejemplo, la vida del hermano Nicolas de Flue, en los Altos Alpes, tiene algo de admirable y muy particular; pues luégo de haber pagado su tributo de fidelidad á su patria como padre, guerrero y juez, de repente se apoderó de él un ardor inextinguible por la patria celeste (1), y con el fin de estar más con Dios, se retiró á una soledad, en donde comió sólo una vez al dia durante veinte años; á menudo repetía esta sencilla súplica: «Señor, quítame de mí mismo, dame todo entero á ti; Señor, mi dueño, concédeme todo lo que conduce á tí, quítame cuanto desvia de tí.» (Era el antiguo *Deserere creaturas, quaerere Creatorem*). El piadoso ermitaño fué, así para los pastores de las montañas, como para las poblaciones distantes, una aparición celestial, porque, sin dejar de condolerse mucho de los males que afligían á la Iglesia, permaneció súbdito á ella en el amor y la humildad, y finalmente, habiendo intervenido en el tratado de Stanz en 1481, fué un ángel de paz para sus compatriotas, que andaban divididos.

El ascendiente de Santa Catalina de Sena se sintió más eficazmente aún por las necesidades generales de la Iglesia (2); y, aunque de

Francisco; Roque, frances de Montpellier, célebre peregrino; Catalina, hija de Santa Brígida, abadesa; Catalina de Sena; Juliana de Falconeris, florentina; Elisabet, reina de Portugal; el conde Elzear y su mujer la Delfina. En el siglo XV, Juan Cancio, sacerdote seglar de Cracovia; San Juan de Sahagun, agustino de Salamanca; Diego de Alcalá; Nicolas (de Flue); Casimiro, de la familia real de Polonia; Fernando, que lo era de la de Portugal; Catalina de Bolonia, clarisa; Verónica; Coletta, virgen, en Francia; Lidwina, virgen, en Holanda; Francisca, matrona romana, santa viuda.

(1) *J. de Muller*, Hist. de la Suiza, t. VI. *Widmer*, Desarrollo del elemento divino en el elemento terrestre, probado por Nicolas de Flue. Lucerna, 1819. *Businger*, El hermano Klaus y su tiempo, Leipzig, 1827. *G. Gerres*, Dios en la historia. Munich, 1831, primera entrega.

(2) Véase su vida en *Bolland.*, mens. Apr., t. III, p. 853, sq. Sus cartas publicadas por *Gigli*, Sena, 1707, y siguientes, 5 t., in 4. Cf. *Fabric.*, Biblioth. med. et infim., Lat., t. I, p. 363, sq. Teología del amor, traducida. Aix-la-Chap., 1833. *Pásl*, Vida de Santa Catalina de Sena, segun la biografía de su confesor Raimundo de Capua, general de los dominicos. Passau, 1841.

humilde origen, desde su infancia se elevó al mundo sublime de los espíritus, gracias á los dones maravillosos con que la adornó el cielo. Para Catalina, los dominicos eran sus ángeles guardianes en este mundo; y tanto se abismaba en la contemplacion de la vida del Salvador, que frecuentemente la Eucaristía era su único alimento; y penetrándose de su espíritu, abrazaba en el fervor de su caridad al mundo entero, y sus escritos ofrecen una verdadera teología del amor. La Italia en masa se precipitaba hácia la humilde morada de Catalina para consultarla y pedirla su intervencion como medianera en medio de los trastornos de esos tiempos; mas la Santa, dedicándose con exceso á las cosas de este mundo, fué atacada de una catalepsia. Para Catalina era un golpe demasiado fuerte el verse privada de sus ocupaciones con el cielo, y murió en medio de sus aspiraciones fervorosas para con el divino Esposo en 1380. Los franciscanos hicieron que se retardase su canonizacion; mas al fin la concedió Pío II en 1461.

Otra prueba de la actividad interior que en esta época se manifestaba en la Iglesia, la tenemos en Santa Brígida, hija del rey de Suecia; y tambien, en otro sentido muy diferente, la Doncella de Orleans hizo brillar el patriotismo cristiano con los más vivos colores (1). Quizá el haberse consagrado esta heroica doncella exclusivamente á su país, y tal vez tambien su prematura muerte en el cadalso en 1430, privaron á la Iglesia de levantarle altares; mas su memoria es querida y venerada de la patria que tanto ella amó.

Al ver tales personajes en diferentes partes de Europa, estamos autorizados para sostener que sus enérgicas y unánimes instancias á los concilios de Pisa, Constanza y Basilea habian alcanzado, á pesar de la tenaz oposicion de muchos papas, una reforma pacífica y gradual de los abusos, mejor y más pronto que se logró con los terribles trastornos y actos de locura que señalaron el principio del período siguiente. En el último concilio de Letran,

(1) *G. Gerres*, La Doncella de Orleans. Ratisbona, 1834.



habido en 1317, el dominico Egidio de Viterbo indicó el verdadero medio de alcanzar esta fructuosa reforma, al decir que: «Las cosas sagradas han de mejorar á los hombres, y no estos á aquellas (*hominis per sacra immutari fas est, non sacra per homines*). Mayor atrevimiento tuvo el cardenal cuando dijo con firmeza á Julio II: «Todo el cuidado de Vuestra Santidad debe dirigirse á mejorar las costumbres, á restablecer la vida espiritual, y á buscar los medios de refrenar los vicios, la sensualidad y la propagacion del error.» Acasola Alemania tenía mas derecho que cualquier otro país á contar con mejores tiempos, pues entónces, en sentir de un historiador severo y aun hostil, habia allí un episcopado no ménos virtuoso que sabio. Cuando se buscaban verdaderos pastores, se experimentaba un cierto placer en citar á Juan de Dalberg en Worms, á Juan Rhode en Brema, á Lorenzo de Bibra en Wurtzbourg, á Conrado de Thungen y Cristóbal de Stadion en Augsburgo, á Matías Lang en Salzburgo, y en Tréveris al piadoso Greifenklau.

Los cánones de los concilios manifestaban á todas luces cuánto habian degenerado en las antiguas Órdenes religiosas las santas intenciones de los primeros fundadores. Por un lado los trastornos ocasionados por el cisma, y de otro las riquezas crecientes en los monasterios, apagaban cada vez más la caridad, la sabiduría, la industria y el amor á la ciencia que habian florecido en otros tiempos, que fueron reemplazados por la buena vida y por el desorden de costumbres; hasta los conventos de monjas se relajaron todos en el propio sentido. Nicolas de Clemengis, aunque con frecuencia declama, y es exagerado en sus pinturas, manifiesta con sencillez el dolor que le agobiaba por las cosas de esos tiempos en el siguiente cuadro: «Decir que entre los monjes y religiosos no hay solo uno que deplora tales vicios, sería adelantar mucho; pero ¿qué podemos aducir para justificarlos? Por sus votos deben de ser los hijos mas perfectos de la Iglesia, no ocuparse de cosa alguna que se roce con el mundo, y entregarse totalmente á la contemplacion; sin embargo, hacen todo lo con-

trario, pues son los hombres más avaros y ambiciosos; andan en pos del mundo en vez de huir de él; y lo que más aborrecen es la celda, el claustro, la lectura y la oracion, la regla y la religion»(1).

Por este mismo tiempo, y haciendo un contraste muy palpable, las órdenes mendicantes obraban de una manera del todo opuesta; seguian en su vida de sacrificio y actividad, y se entregaban con ardor á la escolástica y merecian el aprecio general. La lucha entre dominicos y franciscanos fué perdiendo insensiblemente su aspereza, mayormente luego que cada una de las dos órdenes hubo escogido una mision diferente; los primeros se impusieron el deber especial de mantener la pureza de la fe católica contra los herejes, y los segundos se entregaron casi exclusivamente á consolar y sostener al pueblo. Entre los franciscanos, solo los *espirituales* ó rigoristas excitaban algunos trastornos, que el papa Juan XXII procuró contener con mano fuerte en 1318; y una porcion de entre ellos, bajo la direccion del general Miguel de Cezena, se adhirieron á Luis de Baviera; mas, seguida la muerte de este príncipe, se reconciliaron con la Iglesia en el concilio de Constanza (2), y desde este momento aprobó ella su existencia bajo el nombre de *Fratres regulares observantiae*, título por el cual obtuvieron despues mas privilegios que los hermanos conventuales, *Fratres conventuales*.

En la oposicion contra la santa sede, las órdenes mendicantes generalmente defendieron á los papas, sus protectores; y algunas veces los sostuvieron hasta en sus más exageradas pretensiones: por esto se vieron empeñados en una lucha acalorada con la Sorbona. De otra parte, la tenacidad con que estas órdenes sostuvieron una escolástica degenerada, y lo exageradas que estuvieron en acusar de herejía los nuevos estudios clásicos, á que se dedicaron algunos con tanto ardor durante la mitad del siglo XV,

(1) *Nicol. de Clemeng.* de Ruina eccl., c. 41. (*V. d. Hardt*, t. I, P. III, p. 33.)

(2) Sess. XIX, apud *V. d. Hardt*, Conc. Const., t. IV, p. 515.



les hizo perder parte de su consideracion, y les expuso á los tiros de una ironía mordaz.

El deseo tan á menudo manifestado de ver realizar la reforma, tanto en los jefes de la Iglesia como en sus miembros, debía llamar necesariamente la atencion sobre la decadencia demasiado notoria de los monasterios. Los Padres del concilio de Constanza obligaron á los benedictinos de Alemania á celebrar un capítulo provincial, y tomaron precauciones para que las deliberaciones fuesen más largas y serias que en otra ocasion del mismo género (1417) (1). Este precedente fué aprobado é imitado en muchos países. El concilio de Basilea todavía obró con más energia; y el cardenal Nicolas de Cusa, en calidad de legado, se ocupó en Alemania con gran eficacia sobre este particular. El despilfarro de los bienes de la comunidad por los individuos ocasionaba muchos desórdenes en los monasterios, por cuyo motivo hubo empeño en poner coto á ello, á pesar del egoismo interesado de un reducido número de contradictores. De otra parte no faltaron entre los mismos monjes hombres generosos que reclamaron con vigor contra estos desarreglos. Tambien fueron reformados los establecimientos de las órdenes mendicantes, que se habian igualmente relajado de su austeridad (2), aunque su afan por la ciencia les habia granjeado un gran aprecio en la opinion pública. El concilio de Constanza se declaró por los conventuales rigurosos (3), con la mira de inspirar una noble emulacion á las otras ramas de la orden; mas desgraciadamente la mayor parte no lo comprendió, y contestó á este llamamiento con una fria indiferencia.

Á pesar de cuanto llevamos dicho, nunca se apagó por completo la vida espiritual en la Iglesia; y, á medida que se presentaban nuevas necesidades, engendraban órdenes jóvenes que las contrarestaban. Así Juan Tolomei de Sena, catedrático de filosofía, habiendo recobrado la

(1) Cf. *Prithemii Chron. Hirsaugiense* ad ann. 1417, t. II, p. 346 sq. V. de *Hardt. Conc. Const.*, t. I, p. 1086. Cf. *Mansi*, t. XXVIII, p. 1037.

(2) *Nicol. de Clemangis*, de Ruina ecclie. c. 33. (V. de *Hardt*, t. I, P. III, p. 33).

(3) Apud V. de *Hardt*, *Conc. Const.*, t. IV, página 515 sq.

vista milagrosamente, fundó por agradecimiento en 1313 la orden de los Olivetanos (*congregatio Sanctae Mariae montis Oliveti*); se estableció en una soledad cubierta de olivos, cerca de la poblacion de su naturaleza; y Juan XXII aprobó el nuevo Instituto, que sujetó á la regla de San Benito en 1319 (1). En Sena mismo, Juan Colombino tambien fundó los jesuatos (2). Fué tanto lo que le embelesó la *Vida de Santa Maria de Egipto*, que renunció á la más elevada dignidad del Estado, para consagrarse á servir á los pobres y enfermos. Cuando Urbano V pasó de Aviñon á Roma en 1367, autorizó el establecimiento de los jesuatos, bajo la forma de una congregacion de frailes legos, que fueron colocados entre las órdenes mendicantes, y estuvieron sujetos á la regla de San Agustín. Al principio del siglo XVII se impuso á los jesuatos la obligacion del sacerdocio; mas poco despues Clemente IX abolió la orden, cuando los ricos *padri dell' aquevite* se dedicaron á la destilacion y á la farmacia en algunos de sus monasterios en 1668. Así en España como en Italia un cierto número de ermitaños se reunieron en congregacion, bajo el nombre de hieronimitas (3), bien porque tomasen por patron á San Jerónimo, sin dejar por ello de seguir la regla de San Agustín, bien quizás porque hubiesen sacado su regla de los escritos del solitario de Belen. El primer superior que tuvieron en España fué Pedro Fernando Pecha, canciller de Pedro el Cruel; y habiendo recibido la aprobacion necesaria de Gregorio XI, pronto los hieronimitas se extendieron en Italia, bajo la direccion de Pedro Gambacorti ó Pedro de Pisa.

Santa Brígida, de la familia real de Suecia, siendo casada y madre (4), se habia afiliado á la tercera orden de San Francisco; y despues de la muerte de su esposo tuvo revelaciones que los pontífices Gregorio XI y Urbano VI, igual-

(1) Cf. *Raynald.* ad ann. 1320, núm. 50. *Helgot. Holsten-Brockie*, t. V, p. 1.

(2) *Bolland. Acta SS. mens. Jul.* t. VII, p. 333 sq.

(3) *Holsten-Brockie*, t. III, p. 43; t. VI, p. 1 sq.

(4) *Brigittae, Revelationes*, ed. Turrescremata, Lub., 1492, Rom., 1628. *Vida de Santa Brígida*. (Vaslovii, *Vitis Aquilonia*, seu *Vitae SS. in Scandinavia*, Col., 1623, in fol., cum not. *Erici Benzeli*, Ups., 1708, in 4) La regla está en *Holst.*, t. III, p. 100 sq. *Helgot.*



mente que el concilio de Constanza, reconocieron solemnemente por verdaderas. En una de estas visiones el Señor le mandó fundar una nueva orden, llevada á cabo en Wadstena en 1363, y los hijos de Santa Brígida, despues de haber sido formalmente reconocidos por Urbano V en 1370, fueron para los Estados septentrionales de Europa una abundante fuente de gracias y bendiciones. La supremacia de la abadesa de Wadstena era reconocida por todos los monasterios de la orden, que no podia admitir más que sesenta religiosas, estando confiadas sus necesidades espirituales á trece sacerdotes y cuatro diáconos, mientras que ocho frailes legos dirigian sus negocios temporales. El número total de los monasterios tenia que recordar el de los trece Apóstoles y de los setenta y dos discípulos. Santa Brígida acabó sus dias en 1373.

Finalmente, Francisco de Paula, natural de una pequeña ciudad conocida con este nombre, situada en la Calabria, fundó tambien una orden (1). Lleno de una feliz temeridad, se esforzó en imitar la pobreza de Nuestro Señor con mayor perfeccion que los franciscanos, y en un principio vivió en una ermita en las inmediaciones de su ciudad natal; pero hácia el año 1457 se le asociaron compañeros dispuestos á ponerse á su direccion; y para aventajar á los minoritas, tomaron el nombre de mínimos. La alta piedad y pureza angelical de estos frailes, asociada á los milagros de su jefe, dieron á la orden una rápida extension, así en Italia y Francia como en España, sobre todo cuando Sixto IV la hubo aprobado en 1474 (*ordo minimorum fratrum eremitarum, fratrus Francisci de Paula*). Leon X llenó de alegría á los mínimos al canonizar á San Francisco, que murió en 1507.

Durante la época precedente, hemos visto formarse los beguardos y las beguinas, los que fueron perseguidos no ménos por sus opiniones heréticas que por su conducta irregular; esto no impidió que la Alemania y los Países Bajos prefirieran estas asociaciones libres, cuya feliz influencia en la sociedad hizo que la Iglesia las

(1) *Bolland.* Acta SS. mens. Apr., t. I, p. 103 sq.

autorizase bajo una forma más perfecta. Gerardo Groot de Deventer, muerto en 1384, siendo hombre de mucha experiencia, estableció una congregacion de clérigos libres en Holanda, país práctico por excelencia (*clerici et fratres vitae communis*). Gerardo estudió primero en Paris, luego fué catedrático distinguido de teología en Colonia, y obtuvo un beneficio importante (1); mas no tardó en disgustarse de la vida mundana, por cuyo motivo escogió otra más austera, aunque no ménos activa. Por su experiencia como predicador, conoció á fondo la miseria y pobreza de los curas; y para hacer frente á ello, invirtió toda su fortuna en la fundacion de un instituto, cuyos individuos tenian que seguir las huellas de los Apóstoles, y asociar el trabajo de manos á los ejemplos y enseñanza de la piedad cristiana. El monasterio de canónigos regulares, fundado en Windesheim en 1386, fué el centro de estas asociaciones, á las cuales se fueron añadiendo insensiblemente legos de ambos sexos, y todos se adhieron á las observaciones de los beguardos y de las beguinas, y se extendieron principalmente en los Países Bajos y por la Westfalia, en donde, por una sábia disposicion, se introdujo entre ellos el estudio filológico. De una asociacion semejante salieron el célebre Tomas de Kempis y el último sentenciario Gabriel Biel. Así Eugenio IV como Paulo II concedieron muchos privilegios á estas hermandades, en donde lo escogido del clero hallaba una excelente salvaguardia contra los desórdenes del tiempo.

La elevacion que Gregorio VII habia dado á la Iglesia católica en sus relaciones exteriores obró igualmente por dentro sobre el culto, que adquirió un carácter más brillante, más inteligente y misterioso. Desde que las Cruzadas habian dado ocasion á los occidentales para admirar los templos de la Grecia y del Asia, procuraban con ardor imitarlos; y por esto las

(1) Véase su vida por *Tomas de Kempis* (opp. ed. *Sommalius*, Antv., 1607, in 4, p. 765). *Chronicon collegii Windeshemensis*. (*Gudeni Sylloge prima varior. diplomatiorum*, etc., Francf., 1728, p. 400.)—*Delprat*, *Over de Broederschap van G. Groot*, Utrecht, 1830. Cf. *Ullmann*, *Juan Wessel.*, Hamb., 1834, primer apéndice.